

## Respuestas a los comentarios a María José Villaverde Rico, Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo

(2022) Guillermo Escolar  
Madrid, 404 pp.

María José Villaverde Rico  
Universidad Complutense de Madrid  
ORCID ID 0000-0002-3116-4820  
[majovi2@gmail.com](mailto:majovi2@gmail.com)

Cita recomendada:

Villaverde Rico, M. J. (2023). Respuestas a los comentarios a María José Villaverde Rico, Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 25, pp. 467-476

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2023.8006>

Recibido / received: 15/08/2023  
Aceptado / accepted: 22/08/2023

Mi más profundo y sincero agradecimiento a José María Sauca, director de la excelente revista *Eunomía*, por dar a conocer mi libro *Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo* en la sección «Rincón de lecturas» y ofrecer a sus lectores múltiples lecturas del mismo.

Lamento, eso sí, no haber tenido conocimiento cuando lo redactaba de que él era también un «tocquevilliano» y había publicado en 1995 *La ciencia de la asociación de Tocqueville. Presupuestos metodológicos para una teoría liberal de la vertebración social*. Me enteré demasiado tarde para hacerle justicia. Van por tanto aquí mis disculpas.

### 1. Respuesta al profesor Jean-Louis Benoît

Es para mí un honor que el profesor Jean-Louis Benoît, que ha dedicado toda su vida académica a estudiar a Tocqueville y es posiblemente el mayor conocedor a nivel mundial de la obra del autor de *La Democracia en América*, haya aceptado participar en este Book Forum y elogiar mi libro. Por mi parte, no puedo estar más de acuerdo con su lectura de Tocqueville y con sus comentarios.



## 2. Respuesta al profesor Joaquín Sauquillo

Al profesor Joaquín Sauquillo le agradezco mucho su comentario, sus elogios y sus aportaciones. Ha resumido magníficamente tanto mi interpretación del Tocqueville abolicionista (p. 417) como de su colonialismo/imperialismo (p. 418), y su apartado del «*Theatrum Mundi*» me ha parecido brillante (pp. 419-420).

Por otro lado, me he reconocido totalmente en la dificultad del diálogo entre el historiador y el filósofo (p. 11), que experimento continuamente. Y me he enterado por él tanto de la reseña de *Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo*, publicada por Rodolfo Gutiérrez Simón (p. 8, nota), como de algunos libros a los que hace referencia en este comentario y que no conocía. Muchas gracias.

Admito, sin embargo, que su comparación con Maquiavelo (p. 418) –estoy de acuerdo en que Tocqueville comparte con Max Weber el «vértigo al ascenso social del proletariado y pánico a la conflictividad social» (p. 422)– me sorprendió al principio, aunque la comprendí más tarde –sin estar de acuerdo con ella–: «la filantropía [de Tocqueville] es menor que la prudencia política que el propio Maquiavelo aconsejaba en *El Príncipe*, bajo la admonición de nunca dar lugar a ser odiado» (p. 425). No niego que Tocqueville actuase con prudencia –sobre todo en sus intervenciones en la Asamblea–, pero no creo que ese sea su rasgo distintivo, a diferencia de Maquiavelo. Si hubiera que optar por uno, diría que es la lucidez y, en segundo lugar, la honradez intelectual. En todo caso, no comparto la comparación con Maquiavelo y no estoy segura de que, si Tocqueville pudiera escucharla, no se removiera en su tumba. Porque ese republicano burlón, irreverente, *bon vivant* y mujeriego, de mirada huidiza, que nos retrató Santi di Tito, y que ha encarnado durante siglos la amoralidad y ha sido catalogado como maestro de insidias y de manipulación, y que llevó a cabo una apología de la guerra para que su patria lograra riqueza y grandeza, está a mi juicio en los antípodas de Tocqueville.

Por el contrario, veo a Tocqueville como un hombre tímido y melancólico, propenso al abatimiento y a la depresión, pero sobre todo íntegro, al que no impulsaban intereses partidistas, ni el ansia de poder ni el afán de riquezas, sino esencialmente convicciones ideológicas. Un liberal que estaba convencido de que era tarea de su país difundir la libertad por el mundo y consideraba su deber contribuir a ello. Ese rasgo que llamamos integridad, tan raro en un político, es el que causa mi admiración. Creo haber sido honesta y haber reconocido explícitamente en mi libro mi empatía hacia Tocqueville.

La amable crítica del profesor Sauquillo hacia mi libro comienza a partir de la p. 421:

Tocqueville es una figura de tránsito entre el discurso político centrado en la Nación y el ideario universal de los derechos humanos (...) Pero, el problema de fondo es que, pronto, los derechos humanos irrumpen, en mi opinión, con un discurso tanto legitimador del Estado como articulador de la liberación. Se produce un deslizamiento del discurso nacional al discurso de los derechos. ¿Qué papel juega Tocqueville en este desplazamiento? Como figura de tránsito entre el Antiguo Régimen y la Revolución, su papel es ambivalente. Tocqueville alega que Francia tiene un compromiso con la difusión del ideario de 1789 por el mundo (...) Pero ¿de qué derechos se trata y hasta donde y quienes se extienden los derechos? Creo que no se extienden a tantos sujetos ni a tierras tan lejanas como supone Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo. Pienso que Tocqueville suscribe un discurso limitado de los derechos. No puede sobreponerse a su tiempo como tampoco puede saltar sobre su propia sombra (...) Todavía no le había llegado el “turno al Pueblo”, los colonizados, los pobres, los penados, los trabajadores estaban exentos de esos derechos ...

Tocqueville no es ajeno a esta encrucijada y su defensa de los derechos civiles tiene un destinatario, necesariamente, muy limitado (p. 421).

Estoy totalmente de acuerdo. «Los derechos llegaron muy tarde a colonos, pobres y presos» (p.422), como afirma el profesor Sauquillo. Y habría que añadir que también a las mujeres.

«¿Cabía un entendimiento por Tocqueville de estos derechos civiles y políticos para toda la población? Posiblemente no de forma efectiva» (p. 422). «Tocqueville descalifica, en los Souvenirs, a “la pura canalla de la insurrección”» (p. 422). También estoy de acuerdo. Pero, como muy bien apunta el profesor Sauquillo, Tocqueville no podía «saltar sobre su propia sombra» (p. 421). Era un aristócrata amante de la libertad, pero no un demócrata, como él mismo reconoce:

Tengo hacia las instituciones democráticas una inclinación racional, pero soy aristócrata por instinto, es decir que desprecio y temo a la masa. Amo con pasión la libertad, la legalidad, el respeto por los derechos, pero no la democracia. Así es el fondo de mi alma. Odio la demagogia (...) No soy ni del partido revolucionario ni del partido conservador. Sin embargo, me siento más cerca del segundo que del primero porque difiero del segundo más en los medios que en los fines, mientras que discrepo del primero a la vez en los medios y en los fines (Tocqueville, 1985, p. 89)<sup>1</sup>.

¿Debemos criminalizarle por ello? Tanto el profesor Sauquillo como yo misma creemos que no. Julián Sauquillo concluye así su comentario:

Las consideraciones sobre sus puntos de vista [los de Tocqueville] en materia de miserabilismo y prisiones son necesarias. Escasean en Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo para hacer balance aquilatado de lo que su título anuncia. Es más bien un libro dedicado a la esclavitud y el colonialismo (p. 426).

Me parece una objeción certera y tomo nota de esta carencia.

### 3. Respuesta a la profesora Paloma de la Nuez

Lo primero que pensé, a bote pronto, al leer el comentario de la profesora Paloma de la Nuez es ¡qué bonito! Lo que quiero decir es que, más allá del análisis riguroso, hay una apelación al sentimiento que me recuerda mucho a una autora que ella ha trabajado y que admira mucho, a Judith Shklar. Aquí quiero únicamente agradecerle sus observaciones y sus elogios, y señalar algunos puntos:

1) Se lamenta de que «no haya respuesta alguna que pueda satisfacer completamente a un lector con simpatías liberales. Quizá –como pensaba Judith Shklar– el liberal tiene que asumir esa complejidad del liberalismo; sus contradicciones y diversidad (Shklar, 2022)» (p. 435). Yo diría que cualquier ideología tiene contradicciones y no solo el liberalismo. ¿No tiene, por ejemplo, el marxismo diversas corrientes –a veces con grandes diferencias entre sí– como leninismo, trotskismo, consejismo, maoísmo, eurocomunismo, etcétera? La realidad es compleja y las ideologías no son ninguna excepción. Y por supuesto, el pensamiento liberal tiene luces y sombras porque los pensadores liberales no pudieron obviamente escapar a los prejuicios de su época. Por lo demás, coincido totalmente con la profesora de la Nuez en que: «Que existan contradicciones o incluso traiciones al

<sup>1</sup> *Notes diverses*. «*Mon instinct, mes opinions*» [se trata de una nota preparatoria de su discurso de noviembre de 1841].

intentar llevar a la práctica el ideario que uno defienda (sea este liberal o no), no invalida la pertinencia, valor o necesidad de ese mismo ideario» (p. 434).

Es bonita la idea de que «la emoción liberal por excelencia, y que tanto identificamos con el propio Tocqueville, sea la melancolía». Pero no sé si es cierta. Me pregunto si Locke, Benjamin Constant o John Stuart Mill, por ejemplo, eran propensos a la melancolía, y pienso que tal vez sea un rasgo más característico del romanticismo, pero francamente no lo sé. Es un tema que la profesora de la Nuez, que ha investigado sobre las emociones, tal vez podría estudiar.

2) «Rosenblatt (...) coincide con la profesora Villaverde [en] que, precisamente por escribir desde una perspectiva liberal, entiende que de lo que se trata no es de juzgar ni de disculpar, sino de comprender y aprender» (p. 435). A mi juicio, no se trata tanto de una perspectiva liberal, como del enfoque de historia de las ideas propuesto por Quentin Skinner, quien sostenía que la metodología apropiada para entender a un autor es enmarcarlo en su contexto histórico e intelectual.

3) «La difícil, sino imposible, relación entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad cuando uno se dedica a la política» (p. 435). Aquí Paloma de la Nuez aborda el gran problema que planteó Max Weber en 1919, en su famosa conferencia titulada «La política como vocación», impartida ante la Asociación Libre de Estudiantes de Múnich. Weber sostenía que la ética de la convicción, que también denominaba ética «evangélica» o ética absoluta, conduciría a resultados desastrosos en política. Consideraba que era una ética propia de santos y que los políticos debían huir de ella, una ética de la «indignidad» porque incapacita para enfrentarse al mal y contribuye a su triunfo, al no combatirlo mediante la fuerza.

Es la ética en cuyo nombre algunos pacifistas alemanes exhortaron primero a no tomar las armas y, más tarde, a abandonarlas para poner fin a la Primera Guerra mundial. El alegato de Weber se enmarca en el contexto del final de la guerra cuando, tras la derrota de Alemania, los pacifistas alemanes animaban a sacar a la luz y publicar documentos que inculpaban a su país.

La opción entre asumir que la política requiere utilizar medios innobles y estar dispuesto a «mancharse las manos», en palabras de Sartre, o mantenerse al margen es un dilema histórico que Weber expone con toda crudeza: «Quien busque la salvación de su alma y la redención de las ajenas no la encontrará en los caminos de la política, cuyas metas son distintas y cuyos éxitos sólo pueden ser alcanzados por medio de la fuerza» (Weber, 2005, p. 36).

La alternativa que ofrece el sociólogo alemán para quienes quieren comportarse siempre éticamente es alejarse de la política. Pues quien se compromete con la política –añade Weber– acepta utilizar como medios el poder y la violencia y sella un «pacto con los poderes satánicos» (Weber, 2005, p. 36). «La gran paradoja de la política» consiste en efecto, en que, para lograr un «buen fin», hay que recurrir a veces a medios moralmente dudosos (Weber, 2005, p. 32).

A mi juicio, Weber plantea un dilema extremo para el que, sin embargo, se puede encontrar un término medio. Aun asumiendo la ética de la responsabilidad, los políticos deberían marcarse unas líneas rojas de carácter ético que nunca deberían traspasar.

En el caso de Tocqueville, pienso que se fijó unas líneas rojas que en su actividad como diputado (o ministro) nunca traspasó. Es cierto que a nosotros nos horroriza que apoyara la «guerra total» en Argelia o que no condenara de manera

clara y explícita las «enfumades», pero para ser justos con Tocqueville, habría que recordar que, a diferencia de la guerra sin cuartel y sin hacer prisioneros que propugnaba el general Bugeaud, las acciones de castigo que él respaldaba tenían unos límites: el derecho de gentes (que será más tarde sustituido por el derecho internacional). E incluso en su escrito más duro e intransigente, el *Travail sur l'Algérie* (p. 227), Tocqueville exceptuaba los medios «que reprueban la humanidad y el derecho de las naciones». Es un punto importante que a veces los especialistas olvidan subrayar.

Por mi parte, he vuelto de África con la penosa impresión de que en este momento estamos librando una guerra de manera mucho más bárbara que los propios árabes. Hoy por hoy, la civilización está de su lado. Esta forma de hacer la guerra me parece tan poco inteligente como cruel. Solo puede tener cabida en la mente grosera y brutal de un soldado. De hecho, no merecía la pena ocupar el lugar de los turcos para reproducir lo que les hacía ser detestados por el mundo [*Travail sur l'Algérie* p. 226].

Pero sus líneas rojas no son las nuestras. Desde nuestra perspectiva del siglo XXI, su respaldo a una guerra contra la población civil –incluso con límites– nos parece inadmisibles. También podemos argumentar que, como diputado, hizo concesiones inaceptables como, por ejemplo, indemnizar a los colonos para que liberasen a sus esclavos, así como establecer un periodo transitorio durante el cual se obligaría a los esclavos liberados a trabajar para sus antiguos amos y se les impediría hacerse con tierras.

Pero también es posible que lo que nosotros catalogamos como concesiones no lo fueran para él, sino que, desde su lógica de mediados del XIX, entendiera que era positivo dar un tiempo para «cristianizar» y «educar en la libertad» a los esclavos liberados, para transformar su psicología y acelerar la asimilación.

Se trata –lamento repetirme– de insertar a los pensadores en su época para tratar de aproximarnos a su pensamiento lo más posible.

#### 4. Respuesta al comentario de la profesora Elisa Usategui

Quiero comenzar agradeciendo a la profesora Elisa Usategui su participación en este *Book forum* en torno a mi libro *Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo*, y reconocer su buen conocimiento tanto de la obra de Tocqueville como de la bibliografía secundaria existente. Aunque hace una enmienda a la totalidad a mi libro –lamento que no le merezca una sola mención positiva en su larguísimo comentario de 31 páginas–, acojo con el máximo interés sus observaciones porque, como afirmaba John Stuart Mill, las críticas negativas son extremadamente útiles o bien para modificar nuestras opiniones, o bien para ratificarlas. ¿Cuál es su lectura de Tocqueville?

En un artículo de 2021, la profesora Usategui (2021, p. 155) definía ya a Tocqueville como un pensador «ambivalente e incoherente», sumido en un «patriotismo mezquino y egoísta», y en sus observaciones para este *Book forum* corrobora su opinión anterior al afirmar que «Tocqueville desde un nacionalismo chovinista fue un colonialista y un imperialista» (p. 461).

Permítanme que la cite más extensamente:

Y es desde esa mirada profundamente nacionalista como hay que interpretar el colonialismo tocquevilliano, desde donde imperialismo y nacionalismo –como casi siempre a lo largo de la historia– son una misma cosa. Es decir, su chovinismo en ocasiones burdamente patrioter, su eurocentrismo muchas veces excluyente, su

imperialismo desbordado, su incomprensión del nacionalismo de las poblaciones indígenas basados en particularismos culturales, no pueden ser considerados simplemente como excepciones o puntos negros de un liberal poco consecuente o el fruto de un contexto histórico determinado, a la manera como lo entiende la profesora Villaverde Rico, sino el fruto de la imposibilidad de compaginar un patriotismo cívico, respetuoso con “el otro”, con una actitud y un sentimiento nacionalista, que más tarde o más pronto, siempre acaba siendo excluyente. (p. 452)

Respecto a su supuesto «nacionalismo chovinista», Tocqueville consideraba que era un deber de los países civilizados, y de Francia en primer lugar como heredera de los valores de la revolución de 1789, difundir por el mundo los principios liberales, es decir, la libertad y los derechos individuales. En eso consistía la *grandeur* de Francia. Prestemos atención a sus palabras:

Si Francia estuviera gobernada como debería estarlo, se daría cuenta de que su principal interés, su interés permanente, es hacer que las instituciones liberales triunfen en el mundo (...) El gran interés de Francia es por tanto sustituir en todas partes las instituciones despóticas por instituciones libres (Tocqueville, 1985, p. 426)<sup>2</sup>.

Pero la profesora Usategui define a Tocqueville como un pensador incoherente por la imposibilidad de aunar su «patriotismo cívico» con su nacionalismo «chovinista».

Es decir, podamos (sic) vestirlo con el ropaje más humanista posible, podemos entresacar los textos tocquevilianos más críticos con el empleo de la fuerza ciega y desmedida sobre la población indígena, pero la conquista únicamente se justifica desde su beneficio para una Francia una, grande y libre. Incluso el uso de la fuerza se explica desde este espíritu nacionalista (p. 458).

Dicho nacionalismo –lo de «Francia una, grande y libre» recuerda sospechosamente el lema franquista– le conduciría a apoyar sin pestañear la colonización de Argelia y las brutales medidas contra una población autóctona que desprecia: «admite sin mucho pesar que se asesine y se aniquile, pero detesta a quienes lo llevan a cabo» (pp. 458-459). «Siempre arranca de una visión peyorativa de la población indígena, esos bárbaros a los que hay que imponer los modos de vida y la cultura occidentales» (p. 462).

Quien eche una ojeada a mi libro y lea las abundantes citas que incluyo, podrá comprobar la inexactitud de la tesis de la profesora Usategui. En efecto, Tocqueville demuestra un gran respeto por la población autóctona, para la que exige «ponerse en el lugar de los vencidos» (Tocqueville, 1962, pp. 152-153)<sup>3</sup>, respetar su lengua, su religión y sus costumbres, establecer lazos de fraternidad e incluso en un primer momento fusionar las dos razas. No quiero ser pesada con las citas, pero, por ejemplo, en el *Rapport sur l'Algérie* reclamaba al gobierno colonial aportar «bienestar y luces» a los árabes (p. 329)<sup>4</sup>. Ese era su ideal de colonización, aunque los errores de la política francesa y las circunstancias históricas no lo permitieran. Pero, según Elisa Usategui: «Su eurocentrismo le impedía ponerse en el lugar del colonizado cuando contempla a los colonos apoderarse de su territorio, de sus bienes ...» (p. 460).

La profesora Usategui llega incluso a sostener que defendía una «sociedad de *apartheid*»: «En cierto sentido, defiende una sociedad de *apartheid*, con legislaciones totalmente separadas para los europeos y la población autóctona» (p. 460).

<sup>2</sup> *Discussion de l'Adresse, séance du 20 janvier 1845.*

<sup>3</sup> «*Seconde lettre sur l'Algérie*».

<sup>4</sup> «*Rapport fait par M. de Tocqueville sur le Projet de Loi relatif aux crédits extraordinaires demandés pour l'Algérie*».

A pesar de su nacionalismo, chovinismo, eurocentrismo, etcétera, es decir, pese a sus numerosas incoherencias, la autora de este comentario etiqueta el pensamiento de Tocqueville como un «humanismo cívico republicano, que poco tiene que ver con el liberalismo en sentido estricto» (p. 439).

¿Pero qué es el humanismo cívico republicano? Como es sabido, la tradición republicana tiene a sus máximos representantes en Maquiavelo y Rousseau, para quienes (resumiendo mucho<sup>5</sup>) el bien de la colectividad prevalece siempre sobre el individuo.

Pero veamos lo que dice Tocqueville. El 3 de enero de 1840 escribía a su amigo Henry Reeve que en los tiempos democráticos el máximo peligro consiste en anteponer el bien del todo –la nación o la sociedad– al de los individuos. Esa doctrina perniciosa –añadía– conduce a todos los excesos de la democracia: al despotismo, la centralización y al desprecio por los derechos individuales. En resumen, «permite a la sociedad pisotear al individuo». De ahí su máxima de que toda exaltación del individuo es positiva y todo lo que engrandece al grupo, peligroso. «El objetivo principal de mi libro –afirmaba refiriéndose a *La Democracia en América*– es persuadir a los demás de esta verdad» (Tocqueville, 1861, pp. 52-53). ¿No es este un planteamiento cien por cien liberal?

Pero, según Elisa Usategui, Tocqueville, además de ser un humanista cívico incoherente, es un hombre de izquierdas: «Tocqueville es un hombre de izquierdas –no marxista ni socialista–, con sus contradicciones e incoherencias» (p. 462).

Por supuesto, Tocqueville difícilmente podría ser marxista porque tanto *La Democracia en América* (1835 y 1840) como sus escritos argelinos son anteriores<sup>6</sup> al *Manifiesto Comunista*, de 1848, y a los *Grundrisse* redactados por Marx en 1857-58. Y tampoco se le puede calificar como socialista pues recordemos que, en su discurso ante la Asamblea Constituyente Francesa del 12 de septiembre de 1848 sobre el derecho al trabajo, se opuso a las propuestas socialistas que se estaban defendiendo en la Cámara porque eran contrarias a la propiedad privada. La profesora Nere Basabe ha escrito con razón que allí se fraguó el primer enfrentamiento entre liberales y socialistas de la historia (Basabe, 2019, p. 431).

¿Pero, por qué la profesora Usategui le etiqueta como hombre de izquierdas? Veamos lo que dice el propio Tocqueville:

Tengo hacia las instituciones democráticas una inclinación racional, pero soy aristócrata por instinto, es decir que desprecio y temo a la masa. Amo con pasión la libertad, la legalidad, el respeto por los derechos, pero no la democracia. Así es el fondo de mi alma. Odio la demagogia (...) No soy ni del partido revolucionario ni del partido conservador. Sin embargo, me siento más cerca del segundo que del primero porque difiero del segundo más en los medios que en los fines, mientras que discrepo del primero a la vez en los medios y en los fines (Tocqueville, 1985, p. 89)<sup>7</sup>.

La profesora Usategui cuestiona mi lectura de un Tocqueville liberal insertándola en el cajón de sastre del liberalismo o neoliberalismo (que, habría que recordarle, son dos términos diferentes): «Por todo ello no cabe una interpretación

<sup>5</sup> Permítanme que remita a mi libro: (Villaverde Rico, 2008).

<sup>6</sup> Tocqueville publicó en 1837 *Deux lettres sur l'Algérie*, que aparecieron sin firma en el periódico *La Presse de Seine-et-Oise*; en 1841 redactó su *Travail sur l'Algérie* –se trataba de un borrador o unas reflexiones poco elaboradas sin ánimo de publicación–; en 1847, como ponente de la Comisión encabezada por Dufaure, presentó ante la Cámara su «*Rapport sur le projet de loi relatif aux crédits extraordinaires demandés pour l'Algérie*», y el «*Rapport ...[sur] les camps agricoles de l'Algérie*».

<sup>7</sup> «*Mon instinct, mes opinions*».

estrictamente liberal y/o neoliberal del pensamiento de Tocqueville» (p. 442). Tesis que sostenía en páginas anteriores: «La presentación de un Tocqueville liberal resulta conceptualmente difícilmente sostenible» (p. 440).

Según Usategui, es la dimensión ética la que da forma a su «humanismo cívico republicano» (p. 439):

Se acompaña en Tocqueville de una profunda dimensión ética, que impregna su noción de democracia y de libertad cívica, lo que le permite – a su vez- franquear los límites y las fronteras de las “modas ideológicas” de su momento histórico y dar forma a un humanismo cívico republicano, que poco tiene que ver con el liberalismo en sentido estricto (pp. 439-440)

¿Significa esto que la ética va unida al humanismo cívico y que el pensamiento liberal carece de contenido ético?

Otra de las razones por la que Usategui rechaza definirle como liberal es por «su defensa de la intervención decidida e inexcusable del Estado en materia social y educativa» (p. 440) Sin embargo, a renglón seguido, la profesora Usategui se contradice y admite que Tocqueville está en contra de la intervención del Estado en educación.

Así, cuando el Estado, en su «afán de agrandar la esfera del poder central y a encerrar cada día en límites más estrechos la independencia individual» (Tocqueville, 1961, p. 365), acapara las funciones educativas y lo que hoy llamaríamos las políticas sociales, comienza a fraguarse una sociedad uniforme, gris, mediocre... (p. 444)

Y añade: «Tocqueville emprende una defensa tenaz y enérgica de la libertad de enseñanza, intentando conciliar una enseñanza laica –única garantía de la libertad de pensamiento e igualdad social– y los derechos de las familias a una enseñanza religiosa libre» (pp. 444-445).

A pesar de que preconiza la libertad de enseñanza, la profesora Usategui considera que Tocqueville no es «un liberal al uso» (p. 445). Podríamos deducir de su texto que no es «un liberal al uso» porque critica el individualismo (pp. 445 y ss). Pero en realidad lo que denuncia Tocqueville es el exceso de individualismo de las sociedades democráticas, que conduce al desinterés y la dejación de los ciudadanos y pone en peligro la libertad individual y puede conducir al despotismo –tanto al despotismo de la mayoría en los EEUU, como al golpe de estado de Napoleón III–.

También alega Elisa Usategui que Tocqueville está muy alejado de «los liberales de su época» (p. 441) porque son defensores de un Estado no intervencionista (p. 443):

Tocqueville es sumamente crítico con los liberales de su época, especialmente con aquellos que apoda «economistas», que hacen del dinero el horizonte del actuar humano y que desde el «dejar hacer, dejar pasar» eliminan todo criterio moral y político de la economía, dejándola al libre juego de la oferta y la demanda, evitando toda intervención del Estado (pp. 461-462).

Es decir, Tocqueville no es, a su juicio, un liberal porque está en contra del liberalismo económico, porque apoya la intervención del Estado en algunas cuestiones y porque, en su programa de la «*Jeune Gauche*», presenta medidas sociales y económicas avanzadas: «Es clara la distancia de Tocqueville respecto del liberalismo económico ... los planteamientos tocquevillianos no se alejan mucho del Marx de los Manuscritos» (p. 446).



Habría que aclarar, como ya he dicho, que los *Grundrisse* fueron escritos por Marx dos años antes de la muerte de Tocqueville (1859), pero que, antes, Tocqueville y muchos de sus contemporáneos –incluido el futuro Napoleón III– se preocuparon por la situación de la clase obrera.

Pero sobre todo habría que preguntarse qué entiende la profesora Usategui por liberalismo y si su concepción no está cargada de prejuicios: «El individualismo defendido muchas veces desde posiciones liberales es el caldo de cultivo y el fundamento del despotismo democrático, por una razón bien sencilla, porque el ser humano es ante todo ciudadano» (p. 442).

¿Quién es liberal y qué es a su juicio el liberalismo? Creo que Elisa Usategui tiene un problema con la noción de liberalismo, que rechaza de antemano, sea cual sea el liberalismo del que se hable porque liberalismos hay muchos. Y no diferencia entre liberalismo político y económico. Porque el liberalismo político se entiende esencialmente como la defensa de los derechos individuales (vida, libertad y propiedad), tal y como los definió el padre del liberalismo clásico, es decir, Locke, y ese liberalismo es el que a mi juicio defiende Tocqueville. Porque para Tocqueville, la libertad es una prerrogativa del individuo. Y hablar de libertad en relación con cualquier grupo social, sea la burguesía, la clase obrera o los movimientos nacionalistas, no tenía sentido para él porque los grupos solo tienen intereses colectivos.

Pero, según Usategui, «La libertad como independencia, propugnada por Constant y los liberales seguidores de su estela, no supone un incremento de la libertad individual, sino que es fuente y camino hacia un despotismo tortuoso y todopoderoso» (p. 441).

Respecto al colonialismo/imperialismo de Tocqueville, en mi libro trato de demostrar que desde finales del siglo XVIII, la mayoría de los abolicionistas, socialistas y republicanos –es decir, la «izquierda»– estaba convencida de que la colonización no era mala en sí misma porque llevaba el progreso, la cultura y la libertad a los pueblos colonizados, es decir, no solo contribuía a su bienestar económico, sino que les aportaba los valores de la civilización y los principios políticos democráticos. ¿Tenían una visión eurocéntrica? Sí, desde nuestros valores del siglo XXI. ¿Pero debemos criminalizar a estos autores porque sus principios no fueran iguales a los nuestros?

Según la profesora Usategui había ya voces contrarias a «los estereotipos clasistas, sexista e imperialistas dominantes»:

En disenso con la profesora Villaverde Rico, el lado oscuro tocquevilliano no cabe atribuirlo de manera especial al hecho de ser un hombre de su época, ya que en su contexto histórico ya se levantaban voces contra los estereotipos clasistas, sexista e imperialistas dominantes (p. 449).

Me interesaría mucho que me dijera qué voces eran esas. Porque, a mi juicio, la generación de Tocqueville era mayoritariamente nacionalista y colonialista, tanto los hombres de «izquierda» como de «derechas», y la mayoría era muy poco «feminista». Recordemos que un hombre de “izquierdas” como Marx no tuvo precisamente una actitud muy «feminista» con su mujer Jenny o con su criada. Pero desde la perspectiva de historia de las ideas, no se trata de juzgar ni de criticar a un autor desde nuestros valores actuales, sino de analizar y de entender su pensamiento a la luz de su contexto histórico e intelectual.

Desde este enfoque, entiendo que Tocqueville se enmarca dentro de la corriente que apoyaba un colonialismo «benefactor» que perseguía tanto los intereses de la metrópoli como los de los pueblos colonizados. Pero también habría que recordar que nunca respaldó la conquista de Argelia, sino que la admitió como un hecho consumado. Y no habría que olvidar tampoco que Marx e incluso Gandhi estuvieron a favor en sus inicios del colonialismo de Gran Bretaña. Pero es muy fácil condenar el colonialismo a *posteriori*, desde nuestra perspectiva del siglo XXI.

En mi opinión, la profesora Usategui se acerca a Tocqueville desde un enfoque presentista que se percibe claramente en su conclusión final: «Es a partir de sus reflexiones [de Tocqueville] en torno a la democracia y la revolución que abre una brecha de inteligibilidad para trabajar hoy la democracia como problema a pensar». (p. 34).

Pero, a mi juicio, ese presentismo le produce un cierto desenfoco a la hora de entender a Tocqueville. Por otro lado, los problemas de la sociedad francesa de mediados del XIX y del mundo en general eran muy diferentes a los de hoy para poder extraer enseñanzas que puedan ser válidas actualmente, más allá de consideraciones muy generales.

Difícilmente la profesora Usategui y yo podríamos tener lecturas más opuestas de Tocqueville.

## Bibliografía

- Basabe, N. (2019). Tocqueville y el socialismo. *Araucaria*, 21 (42), 423-447. <https://revistascientificas.us.es/index.php/araucaria/article/view/10799>
- Tocqueville, A. (1861). *Memoir, Letters, and Remains of Alexis de Tocqueville (Vol. II)*, MacMillan and Co.
- Tocqueville, A. (1962). *Œuvres complètes. Tome III, vol. 1. Écrits et Discours politiques*. Gallimard.
- Tocqueville, A. (1985). *Œuvres complètes. Tome III, vol. 2. Écrits et Discours politiques*. Gallimard.
- Usategui, E. (2021). Alexis de Tocqueville, del Humanismo cívico al nacionalismo excluyente. *Hispania*, Vol. LXXXI (267), 129-158. <https://doi.org/10.3989/hispania>
- Villaverde, M. J. (2008). *La ilusión republicana. Ideales y mitos*. Tecnos.
- Weber, M. (2005). *El político y el científico*. Alianza.